Imprimir

La extraordinaria victoria del presidente Luiz Inácio “Lula” da Silva provocó un suspiro de alivio en los sectores democráticos y de izquierda en buena parte de Latinoamérica y el Caribe. Es más, no sería exagerado afirmar que este sentimiento también se dejó sentir en la mayoría de los países del sur global. En esas latitudes, Flávio Bolsonaro aparecía como un grotesco monigote teledirigido desde Washington y al servicio de los intereses del imperio. La derrota de “Lula” habría puesto en cuestión la permanencia de Brasil en los BRICS, con el inevitable debilitamiento que esto habría significado para tan promisoria coalición internacional. De ahí la alegría con que fue recibida la noticia de su triunfo.

Breve semblanza histórica

El cuarto turno presidencial de “Lula” seguramente tendrá como uno de sus rasgos la reafirmación del papel internacional de Brasil, algo que toda Nuestra América necesita. De hecho, este es un tema que fue constante preocupación en sus dos primeros turnos de gobierno (2003-2010), al punto tal que la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU fue uno de los puntales de la política exterior de su gobierno. Este proyecto contemplaba la incorporación de nuevos miembros permanentes: dos por África, dos por Asia, uno por Latinoamérica y el Caribe (Brasil, obviamente) y uno por Europa. Aparte, proponía aumentar el número de miembros no permanentes del Consejo.

A tales efectos, en 2004 impulsó la creación del G4: un grupo integrado por Brasil, Alemania, India y Japón para impulsar la reforma del CS, pero la propuesta no pudo prosperar. No solo por el previsible veto de los “cinco grandes” (Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido y Francia), aun en el hipotético caso de que la propuesta obtuviera una mayoría de dos tercios en la Asamblea General de la ONU, sino también porque Brasilia no pudo gestar un consenso operativo entre los países latinoamericanos y caribeños. En esa ocasión, la diplomacia de Itamaraty cometió un imperdonable error: suscitar el apoyo de Latinoamérica y el Caribe para la candidatura brasileña, pero sin ofrecer nada a cambio, salvo la dudosa satisfacción de tener a uno de los suyos sentado en el CS.

Las pretensiones de Brasil de jugar un papel de mayor importancia y reconocimiento en el entramado institucional del naciente sistema multipolar no sólo son legítimas, merecidas y necesarias para nuestra región; también son de antigua data. Habían sido impulsadas por el gobierno de Getulio Vargas en la Conferencia de San Francisco, en 1945, cuando la delegación brasileña propuso incorporar un sexto miembro permanente al CS. Si bien el presidente Franklin D. Roosevelt había manifestado un relativo y cauteloso acuerdo con esa petición, su deceso en los primeros días del inicio de dicho cónclave (que debía tratar ese tema) y su reemplazo por un más receloso Harry Truman hizo que la propia representación brasileña optase por retirar esa propuesta y evitar el desprestigio de un voto negativo de la Conferencia.

En la actualidad le asiste toda la razón a “Lula” cuando habla del déficit democrático de la ONU, y sobre todo del Consejo de Seguridad, organismo que refleja una correlación mundial de fuerzas irreparablemente anacrónica. No era el caso en 1945, cuando se creó la organización, pero en la actualidad ni Francia ni el Reino Unido, por ejemplo, califican como actores protagónicos en la escena internacional. Es indudable que un país como Nigeria, de lejos el más poblado de África (242 millones de habitantes) y con una de las mayores economías de esa parte del mundo, debería formar parte de un CS reformado. Lo mismo cabría decir de Etiopía, con sus casi 150 millones de habitantes, si bien su economía, al igual que la nigeriana, no es de gran tamaño. En ambos casos y debido a los prolongados estragos del colonialismo europeo el PIB de ambas naciones es inferior al de la economía colombiana. En el caso de Asia la necesidad de integrar en ese nuevo ordenamiento institucional a Indonesia o Pakistán, con sus 287 o 262 millones de habitantes respectivamente, difícilmente podría ser objetada, especialmente en el caso de la primera, cuyo robusto PIB sólo es superado por los de Brasil y México.

El emergente sistema multipolar necesita un Brasil vigoroso

Hay, por lo tanto, buenas razones para acompañar este reclamo de “Lula”, más allá de los obstáculos arriba señalados. Pero para que un país pase de ser un actor importante —como ya lo es Brasil— y se convierta en un actor protagónico en la escena internacional, no basta

con tener un enorme territorio, una gran población y una de las economías más grandes del planeta. Esas son las condiciones de base de una potencia global. Pero existe un prerrequisito indispensable para coronar ese tránsito: la audacia política, o la *virtú*, tan celebrada en los escritos de Maquiavelo. Sin este componente poco o nada se puede construir, tanto en la política nacional como en la internacional.

En una fase de transición y descomposición como la que hoy caracteriza al sistema internacional, se presenta una oportunidad histórica para que un país como Brasil se convierta en una potencia global. Pero para ello deberá cultivar la audacia necesaria para ejercer ese nuevo rol internacional, desarrollar una estrategia adecuada para asegurar el éxito de la iniciativa (por ejemplo, construyendo un sólido consenso latinoamericano mediante acuerdos mutuamente beneficiosos entre Brasilia y los países de la región) y tener la convicción y la fortaleza necesarias para sobrellevar las reacciones, amenazas y presiones del imperialismo, que lo último que desea es que emerja un actor global al sur del Río Grande, o en lo que los documentos oficiales de Washington se conocen con el anodino nombre de “Hemisferio Occidental”.

Ante tal eventualidad, Washington se opondrá firmemente y lanzará las habituales retahílas de amenazas e insultos, las mismas que, como nos tiene acostumbrados Donald Trump, rara vez se llevan a la práctica. Recordemos, si no, lo ocurrido con la guerra de los aranceles o las amenazas de aniquilar, de la noche a la mañana, a la civilización persa que hoy se expresa en el estado islámico de Irán. Bravuconadas inconsecuentes y poco más.

La crisis y las oportunidades

En la actual coyuntura internacional hay varias situaciones que podrían dar lugar a un reforzado protagonismo de algunas potencias regionales, como Brasil, la India, Indonesia y Turquía. ¿Dónde están las oportunidades de intervención? Hay dos instancias muy claras: Gaza y Cuba. En Gaza, para detener el genocidio en curso, enviando toda clase de ayuda humanitaria a una población que está sometida a indecibles sufrimientos por la crueldad del régimen sionista. Si este se opusiera a dicha ayuda, se podría reducir el nivel de la relación

diplomática con Tel Aviv o recortar significativamente los lazos económicos entre esos países e Israel. O sea, no es que se enviaría una flotilla de ONGs bien intencionadas, sino buques cargados de alimentos, medicamentos y agua desde Brasil, India, Turquía e Indonesia, sobre los cuales difícilmente el régimen sionista podría reaccionar como lo hizo, con cobardía y alevosía, con el indefenso voluntariado de las flotillas.

En el caso de Cuba, quebrar al criminal bloqueo que se ha intensificado hasta el paroxismo en los últimos meses y que ya ha provocado más que la duplicación de la tasa de mortalidad infantil en ese país, entre muchas otras penurias de todo tipo. Es necesario desconocer y poner fin a la absurda extraterritorialidad de las leyes de Estados Unidos y sus prepotentes políticas de sanciones (medidas coercitivas unilaterales) aplicadas contra una treintena de países y que, según un estudio de *The Lancet Global Health,* provocan 564,000 muertes por año en todo el mundo. ¿Qué es lo que se está esperando para acabar con esos crímenes?

En el caso de Cuba, Brasil podría potenciar su autonomía nacional y su aspiración a ejercer un rol protagónico en la escena internacional enviando a la isla caribeña, como ayuda humanitaria, un par de buques petroleros al mes. Brasil produce unos 3.7 millones de barriles por día y podría asimilar esa donación sin mayores problemas. Será preciso que las autoridades de Brasilia entiendan que no hay liderazgos sin costos, y que este, el de la donación de petróleo a Cuba, es un costo que dignifica y fortalece al Brasil, y que vale la pena pagar. Además, hay que tener en cuenta el costo, aún más gravoso, que los mencionados países pagan como consecuencia de su inacción frente a los crímenes del imperialismo en Gaza y Cuba.

Suponiendo que Brasil adopte esa política, ¿qué podría hacer el vociferante inquilino de la Casa Blanca, sobre todo luego de la paliza electoral sufrida en las elecciones de medio término? ¿Secuestrar un buque de Petrobrás, o dos, tres buques que llevan el combustible necesario para salvar vidas y aliviar los sufrimientos de una población brutalmente asediada como la cubana, víctima de más de 65 años de agresiones imperiales? ¿Ordenaría a la IV Flota que hunda todo petrolero brasileño que se acerque a Cuba?

En suma, poco o nada podría hacer Estados Unidos ante una política de auxilio humanitario a Cuba como la que estamos proponiendo. ¿Aumentar los aranceles en contra de Brasil? Si, es posible. Pero Brasil podría hacer lo mismo y Estados Unidos necesita exportar a Brasil por dos razones: porque registra un superávit en la balanza comercial con el país sudamericano y además necesita mantener su presencia en el sector externo brasileño para evitar que aumente aún más la gravitación que sobre él ejerce China. Un debilitado Washington no tiene como sostener esa política de agresiones económicas. ¿Apelaría entonces a "la carta militar"? ¿Ordenaría un desembarco de tropas estadounidenses en Brasil, o el bombardeo de algunas de sus ciudades para someter al gigante sudamericano? Tal cosa sería absurda y sólo acarrearía nuevos perjuicios para la sociedad estadounidense y para sus gobernantes, como lo ha demostrado las recientes elecciones de medio término. Más allá de su griterío o sus amenazas veladas Washington no tiene ninguna medida eficaz para sancionar significativamente a Brasil por su ayuda humanitaria a Cuba.

Y lo mismo podríamos decir en relación a Turquía, sobre todo en relación a la imprescindible e impostergable ayuda a Gaza y a la contención del desbocado fascismo del régimen israelí. ¿Cuál es el temor que puede tener Ankara? ¿Atacaría Washington al país que cuenta con el segundo ejército más numeroso de la OTAN (hiriendo de muerte a esta nefasta organización) y que, además, comparte con Rusia la frontera a través del Mar Negro? Si el presidente Recep Tayyip Erdoğan quiere que su país se convierta en un actor de proyección global, ya sabe lo que tiene que hacer: acudir de inmediato en auxilio de la población palestina que está siendo exterminada día a día —y no sólo con las armas— por el sionismo. Audaces iniciativas como las enunciadas en relación a Gaza y Cuba producirían una enorme conmoción en la opinión pública mundial, misma que erigiría serios obstáculos a la capacidad retaliatoria de Estados Unidos y hundiría aún más su menoscabado prestigio internacional.

Conclusiones

Como hemos dicho, las iniciativas propuestas más arriba tienen un costo, pero países como Brasil, India, Turquía e Indonesia ya están pagando elevados costos por su reluctancia para oponer una firme resistencia a la prepotencia imperial y contemplar pasivamente el

genocidio en Gaza y el criminal bloqueo en Cuba.

Los pueblos sometidos a la violencia y las exacciones del imperialismo necesitan que esos países se conviertan en potencias globales para poner fin a esta situación y colaborar eficazmente en lograr el “equilibrio del mundo”, como anhelaba José Martí, cosa que no se conseguirá por obra y gracia de bellos discursos y altisonantes declaraciones de solidaridad. Para ello se requieren hechos concretos, como los ya señalados. La audacia racionalmente fundada es lo que distingue a los grandes estadistas y lo que permite que sus países se conviertan en potencias globales, capaces de incidir positivamente en la construcción de un orden multipolar y desterrar para siempre las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos. Ojalá que cuanto antes el presidente “Lula” y su colega en Turquía tomen la decisión de avanzar por este camino. La humanidad entera se los agradecerá.

Atilio A. Boron, Sociólogo, politólogo, catedrático y escritor argentino. Doctorado en Ciencia Política por la Universidad de Harvard.

Fuente: https://www.other-news.info/noticias/brasil-la-ruta-hacia-una-potencia-global/

Foto tomada de:
https://www.other-news.info/noticias/brasil-la-ruta-hacia-una-potencia-global/